

Movimiento estudiantil: universidad y democracia en América Latina. Elementos para el análisis

Student movements: University and democracy in Latin America. Elements for analysis

José Armando Muñoz¹

espinosahegel@gmail.com
Universidad del Rosario
Colombia

Fecha de recepción: 15/11/2013
Fecha de aprobación: 15/01/2014

Para citar este artículo: Muñoz, J. A. (2014).
Movimiento estudiantil: universidad y
democracia en América Latina.
Elementos para el análisis. *Ciudad Paz-Ando*,
6(2), pp. 158-166



Las manifestaciones de más éxito no son necesariamente las que movilizan a más gente, sino las que suscitan más interés entre los periodistas. A riesgo de exagerar un poco, podría decirse que cincuenta tipos listos que sepan montar bien un happening para que salga cinco minutos por la tele pueden tener tanta incidencia política como medio millón de manifestantes. — Pierre Bourdieu

Precisiones preliminares

Los movimientos sociales han sido abordados por múltiples sectores sociales que han construido concepciones dispares de los mismos, entre los que claramente se encuentra el movimiento estudiantil, que ha cobrado gran relevancia en el escenario global como un dispositivo fáctico

de censura de las políticas gubernamentales pensadas, desarrolladas y ejecutadas desde arriba, sin participación de la base social a la que finalmente pretenden alterar.

El documento que inicia se orienta a bosquejar lo que es y lo que ha implicado en el contexto colombiano el movimiento estudiantil, a efectos de lo cual es preciso destacar qué se entiende por movimiento social, su historia y su relevancia actual dado el contexto en el que se desata hoy por hoy, en el que los nue-

¹ Licenciado en Educación Básica de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas; Especialista en Derecho Constitucional de la Universidad Nacional de Colombia y estudiante de la Maestría en Estudios Sociales de la Universidad del Rosario.

vos mecanismos de comunicación lo forjan y lo caracterizan, siendo crucial en la conformación de su base.

El esfuerzo inicial será el de caracterizar el movimiento estudiantil, para lo cual deberá tratarse indefectiblemente el movimiento social en general del que es parte. Posteriormente, se abordará la importancia que, con su devenir, ha cobrado en el impacto en la esfera latinoamericana, para desembocar en la realidad colombiana, en la que el movimiento incluso ha dado forma al Estado constitucional colombiano a través del movimiento estudiantil de la séptima papeleta.

Los movimientos sociales, concepto y elementos de análisis.

“Como constructores de la realidad, los jóvenes tienen la capacidad de reclamar y desarrollar su actoría social desde una mirada crítica a partir de la utilización de herramientas de comunicación para el cambio social”
— (Ulloa, 2012, p. 21)

La evolución de los movimientos sociales, caracterizados como una medida de hecho que la mayoría de las veces no cobra la suficiente relevancia para incorporarse entre los sucesos que “hacen historia”, no se puede fijar de manera clara en la historiografía. Sin embargo, puede afirmarse que este tipo de grupos están fundados en acciones colectivas, en las que intervienen grupos y actores sociales con el objetivo de reivindicar aquellos que consideran derechos o legítimas reclamaciones para sí, o para los grupos a los que representan.

Los movimientos sociales, entendidos como “el conjunto de acciones sociales colectivas que expresan intencionalmente demandas o presionan soluciones ante el Estado, las

entidades privadas o los individuos” (Archila, 2001), nacen de las contradicciones sociales, culturales, económicas o políticas que engendran una desafección por la clase política que, institucionalmente, rige en muchos sentidos los destinos comunes. Esto revela:

Los problemas de identificación con el régimen político y con los gobernantes [que] pueden ser efectos de una crisis de legitimidad que, a su turno, refiere a un proceso de mayor duración y alcance. En los términos de Max Weber, quien acuñó el concepto, una crisis de legitimidad plantea una fractura en el esquema de dominación en su conjunto, producida por un grupo social emergente que modifica la identidad de la sociedad a la vez que presiona por mayor participación en la distribución del poder (y a través del poder, del producto económico) y reconocimiento social, conduciendo a la apertura de este esquema, o sea su democratización, o bien a su cierre, es decir exclusión. Como toda dominación que pretende ser legítima se basa en el principio de que el grupo dominante ejerce el poder en beneficio de la colectividad, un aspecto fundamental para entender simbólicamente una crisis de legitimidad es que la disputa a la dominación la lleva a cabo el grupo emergente o dominado en nombre de los mismos valores o fines colectivos que han sido insatisfechos por el grupo dominante, de manera de justamente restarle legitimidad a esta clase dominante y llevar entonces a cabo la promesa incumplida. (Fleet, 2011, p. 2)

Otros analistas, con posiciones más conservadoras, como es el caso de la escuela de Chicago, los han apreciado en tres dimensiones disímiles. La primera de ellas, expuesta por Aranda, se entienden como “reacciones semi-rationales a condiciones anormales de la tensión estructural” (Aranda,





© Merly Guanumen P.

2000, p. 227), y a esta tensión estructural, como derivada de una inadecuada dinámica institucional, que no permite encauzar las preocupaciones sociales por la vía del ordenamiento jurídico político.

La segunda construcción teórica de la movilización sostiene, según el mismo autor, que lejos de constituir respuestas racionales a la estructura de la sociedad, son construcciones momentáneas de “grupos de presión emergentes [que] (...) surgen como parte de los procesos políticos y tienen objetivos precisos” (Aranda, 2000, p.227). Un último elemento sostiene que reflejan “las contradicciones entre el individuo y el Estado: nuevos valores que cuestionan el estado de cosas, a partir de intereses sociales universales.” (Aranda, 2000, p. 228)

Bajo esta última óptica, se inscribe el presente artículo, pues los movimientos estudiantiles, como otros, buscan, esencialmente reivindicar derechos con el fin de conseguir la ampliación de la democracia y al fortalecimiento de la ciudadanía (Revilla-Blanco, 2010). En la medida que implica la aparición de problemáticas prestas a la estructuración de solu-

ciones incluyentes de un número plural de actores en un mismo contexto y en una misma oportunidad, orientados por reclamaciones universales de igualdad y equidad unión que ocurre a pesar de la diferencia.

Cada movimiento social tiene objetivos o metas que se transforman durante el proceso de desarrollo del mismo, pues suelen reunir una serie de inconformidades sociales de distintos sectores con la finalidad de obtener, para sí, mayor fuerza. “Los movimientos sociales son uno de los medios existentes para hacer visibles las reivindicaciones, propuestas, demandas y problemas sociales, (...) [siendo,] el espacio en el que se crean, recrean y transmutan las identidades colectivas” (Revilla-Blanco, 2010, p. 55). Los movimientos sociales son una construcción continua de ciudadanía activa y propositiva, que involucra a tantos sujetos como problemáticas sean visibilizadas (Revilla-Blanco, 2010, p. 55).

En su desarrollo deben superar las oposiciones políticas de las posiciones, muchas veces institucionales, que están en contra de manifestaciones de la sociedad, en la medida en que las inconformidades o los cambios



Cada movimiento social tiene objetivos o metas que se transforman durante el proceso de desarrollo del mismo, pues suelen reunir una serie de inconformidades sociales de distintos sectores con la finalidad de obtener, para sí, mayor fuerza

en las políticas sociales, económicas y educativas son manifestadas en un marco del poder constituido; pero a pesar de ello, los movimientos sociales son un espacio propicio para la reconstrucción de las identidades colectivas que sobrepasan lo institucional (Revilla-Blanco, 1994).

Es común también, que por esta suerte de componente de subversión del orden con frecuencia se promulguen normativas en las que el Estado, con todo el poder simbólico que integra, propenda por “normas restrictivas de la libertad de palabra y de reunión, el espionaje, la intimidación, la brutalidad de la policía” y al mismo tiempo una suerte de incontrovertible solidaridad “con los discípulos ultrajados, humillados, encarcelados, arrestados o expulsados” (Nashiki, 2007, p. 1184).

La movilización de la población estudiantil como resultado de la suma convergente de posiciones y visiones de mundo que permiten la contemplación y la expresión sobre él, tiene la particularidad de orientarse por objetivos esencialmente ambiciosos en oposición directa al poder fáctico, simbólico y político de los Estados hasta el punto de presentarse “con su radicalismo y explosividad característicos, como una de las movilizaciones más impactantes al terminar el segundo milenio de nuestra era” (Aranda, 2000, p. 226).

Los movimientos sociales en la historia

La juventud vive siempre en trance de heroísmo. Es desinteresada, es pura. No ha tenido tiempo aún de contaminarse. No se equivoca nunca en la elección de sus propios maestros. Ante los jóvenes no se hace mérito adulando o comprando. Hay que dejar que ellos mismos elijan sus maestros y directores, seguros de que el acierto ha de coronar sus determinaciones. En adelante, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas, los creadores de verdad, de belleza y de bien.

La juventud universitaria de Córdoba cree que ha llegado la hora de plantear este grave problema a la consideración del país y de sus hombres representativos.

— *Manifiesto de Córdoba*

En los últimos años los movimientos sociales han tomado fuerza en varias zonas del mundo y, al mismo tiempo, se han tornado interesantes para el estudio de los fenómenos sociales actuales, ya que su análisis hace posible la superación de las visiones centradas en los grandes héroes y se centra más en los factores sociales, se resalta lo colectivo más que los logros individuales. (Bejarano, 1989). El movimiento estudiantil, como movimiento social, tienen su origen en las Guerras Napoleónicas, allí los estudiantes se levantaron para exigir la liberación en contra de los ejércitos de Napoleón. Se convirtieron en un grupo crítico relevante, cuyo constante activismo desde la academia favoreció la aparición de redes intelectuales y del pensamiento.

En el caso Latinoamericano, estos movimientos fueron actores centrales en la lucha contra las dictaduras y de hecho su papel ha sido central en la consolidación de las demo-



cracias actuales. En América Latina, dichos movimientos fueron fuertemente influenciados por los Anarquistas Europeos, especialmente los procedentes de España e Italia por las migraciones de finales del siglo XIX y principios del XX. Esta influencia se reflejó en los procesos de sindicalización que, a finales de la segunda década, se llevaron a cabo en países como México, Argentina y Brasil. Ya en 1920, con la presencia de la Internacional Comunista, la influencia giró hacia el marxismo, y en los años 20 y 30, hacia los movimientos campesinos, cuyo objetivo principal era la Reforma Agraria. A partir de lo anterior, los movimientos obreros tomaron fuerza en la región. (Bruckmann & Dos Santos, 2005)

Los movimientos campesinos y los movimientos obreros fueron un sostén de las fuerzas populares de América. Este último movimiento toma fuerza por la industrialización que se llevó a cabo en América latina después de la década de los años 20. (Bruckmann & Dos Santos, 2005)

Durante la década del setenta del siglo XX la organización y la movilización se presentía como un medio muy efectivo para conseguir interés y objetivos colectivos; es así como jóvenes y sectores de clase media imprimen un dinamismo activo a las protestas, y al ya conocido tema de lucha y diferencia de clase, aportan nuevas preocupaciones como el género y las discusiones relacionadas con el ambiente (Hobsbawm, 1999).

Es en este contexto en el cual los movimientos estudiantiles toman fuerza, radicalizados por las consecuencias de procesos como la urbanización y la industrialización, característicos de la segunda mitad del siglo XX, procesos que plantean la necesidad de lograr la profesionalización de los trabajadores y, por eso mismo, de ampliar el acceso a la educación universitaria, que hasta ese mo-

En el caso Latinoamericano, éstos movimientos fueron actores centrales en la lucha contra las dictaduras y de hecho su papel ha sido central en la consolidación de las democracias actuales.

mento había sido privilegio de muy pocos; así pues, este tipo de formación creció y rápidamente se convirtió en una de las instituciones centrales de la vida social de estos países. Y esa influencia se puede constatar en el caso colombiano:

De 1957 datan los brotes de inconformismo en los claustros universitarios, que dan origen a lo que hoy conoce el país como 'Movimiento Estudiantil Universitario'; el de este año, [en Colombia,] apuntaló la caída de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla y apoyó el régimen de coalición bipartidista, conocido como Frente Nacional, que gobernó el país entre 1958 y 1974. (Hernández, 2007, p. 32)

En los años 60 del siglo XX “los estudiantes se habían convertido, tanto a nivel político como social, en una fuerza mucho más importante que nunca” (Hobsbawm 1999, p. 298), con un activismo e influencia que se hacía sentir en el mundo entero. En este periodo, “los movimientos estudiantiles se aunaron a otros de diferente índole, como el de los obreros, los sindicatos, el feminismo, el antiimperialismo,” (Hernández, 2007, p. 32), que se hacía sentir con el llamado “programa mínimo”:

caracterizado por la participación masiva de los estudiantes de todas las universidades públicas y algunas privadas de élite, se constituyó en una mixtura de voces que expresaban el



sentir de la universidad colombiana, amalgamadas con intereses políticos e ideológicos orientados por postulados de cambio social y activismo político de la izquierda. (Hernández, 2007, p. 31)

Los estudiantes universitarios empezaron a manifestar su descontento político social y económico frente al sistema imperante y, en muchos lugares, en especial en los países con dictaduras, “solían ser el único colectivo ciudadano capaz de emprender acciones políticas” (Hobsbawm, 1999, p.300). Un aspecto que también se presintió en el estudiantado colombiano, el cual se vio influenciado por el Mayo 68 francés, pues:

Mayo del 68 supuso una ruptura y un cambio en las formas organizativas, ya que se estructuró en función de las acciones, rompiendo con las jerarquías instauradas en los movimientos de izquierda; se caracterizó por convertir las asambleas en el motor del movimiento; fue una crítica radical al sindicalismo de la época, considerado una pieza más del sistema capitalista; hizo posible una renovación de formas e ideas tradicionales. Mayo del 68 inició la era del poder estudiantil, donde la juventud apareció como un factor social y político de importancia. El mundo entero estuvo al tanto de cuanto acaecía en Francia y muchos grupos de izquierda se inspiraron en sus ideas y acciones, como el Movimiento Estudiantil de 1971, protagonizado por jóvenes de las universidades colombianas, quienes vieron en ellas una posibilidad de llevar a cabo sus propias reivindicaciones. (Hernández, 2007, p. 35)

La década del setenta mostraba una evidente fuerza política y social de los estudiantes, y la influencia del Mayo francés se presentaba en todos los escenarios de actuación de ellos,

como por ejemplo en los seis meses incesantes de protestas estudiantiles universitarias en toda Colombia (Hernández, 2007, p. 38). Por primera vez, se intuyó que el movimiento social empleado por el estudiantado, acaecía como respuesta a

Decisiones tomadas por el gobierno desde arriba, sin ninguna discusión, con nula participación de sectores como la universidad, y en ella de los estudiantes, que eran actores principales del conflicto y contradictores al modelo económico que se implantaba, se constituyeron en una de las causas para la reacción llevada a protesta de los estudiantes, frente al proyecto modernizador, que desconocía que la universidad en sí misma es autonomía, que desde su concepción histórica nació autónoma, diferente al poder de la iglesia y la ciudad. Cuando la universidad, como institución, llega a América Latina, también el tema de la autonomía recobra su interés. (Hernández, 2007, p. 37)

El panorama evolutivo de los movimientos estudiantiles mostraba que la lucha que promovían se encontraba atada a las condiciones políticas del contexto en el que surgían, pero claramente no dependiente, de hecho se erigían como una apuesta política alterna a la institucionalidad quedando en evidencia el conflicto social que ésta contiene y reproduce.

La séptima papeleta y la construcción de institucionalidad

En Colombia, el movimiento estudiantil y sus actuaciones han estado también determinadas por la necesidad de abrir nuevos espacios institucionales y en ocasiones estos objetivos han promovido cambios en el Estado de muy profundas consecuencias.



Como se sabe, la Constitución de 1886, de clara orientación conservadora y vinculada al credo religioso, negaba libertades y derechos modernos, bajo su imperio:

La educación, al igual que otras garantías sociales, resultó marcada por la subordinación de la libertad al orden, lo que generó un ambiente educativo adverso al pensamiento libre y poco apto para el desarrollo científico en la medida en que se daba prevalencia a contenidos educativos aislados de las realidades colombianas. (Góngora, 2010, p. 54)

Este enfoque centrado en la defensa del orden, de protección de los intereses individuales sobre los colectivos, se convirtió en el fundamento social, que se veía agravado por la manera como la libertad cedía ante la privación de derechos, muchas veces por la figura de Estado de Sitio. No es de extrañar entonces que luego de más de un siglo de regir los destinos de los colombianos, apareciera un movimiento estudiantil conocido como *la séptima papeleta*, quienes a pesar del ambiente en el que se desarrollaba la protesta social la cual era “altamente reprimida por el Estado, que contaba con herramientas constitucionales y penales para criminalizarla” (Amaya, 2013, p. 5) logró abrir paso a una nueva realidad institucional y social.

Una de las transformaciones centrales en que se enfocó fue la cuestión de la limitación de la facultad para restringir la libertad, de tal modo que se rescató el derecho de asociación y el derecho a la libertad de expresión, inescindibles al de la protesta (Sánchez & Uprimny, 2010, p. 47) de tal manera que:

La Constitución de 1991 alteró el equilibrio entre orden y libertad a favor de esta última, dejando hasta el momento un balance favorable

en comparación con el modelo predecesor. Sin embargo, aún quedan enormes desafíos, de los cuales tal vez el más urgente sea la reducción de la desigualdad en la educación [y se debe nombrar también que en] (...) Colombia sigue manteniendo un sistema de educación altamente inequitativo. (Góngora, 2010, p. 55)

Los movimientos sociales hoy

América Latina ha estado marcada, desde finales de los 90's del siglo pasado hasta el siglo XXI, por movilizaciones sociales, ecologistas, de género, entre otras; que muestran “una cierta rebeldía de la vida cotidiana” (Revilla-, 2010, p. 53), pero al mismo tiempo existen injusticias sociales que se han mantenido a lo largo de los años. Los movimientos sociales se han concentrado especialmente en la región andina, presentando una fuerte disminución en el Cono Sur, “con las excepciones de Argentina y Paraguay” (Revilla-, 2010, p. 60)

Actualmente, se encuentra con facilidad, “una mayor presencia cívica de los ciudadanos y ciudadanas que expresan, reclaman, reivindican y utilizando la palabra de moda, se empoderan” (Revilla, 2010, p. 61). Uno de los ejemplos más dicentes es Venezuela pues, allí la crisis política continua abierta mientras las posiciones se radicalizan en ambos bandos (Cotarelo, Iñigo Carrera & Giarracca, 2003, p.13), allí se sigue experimentando una crisis representativa que ha llevado a una división de la sociedad en dos grandes grupos: los que apoyan al gobierno y los que quieren que este sea depuesto.

Allí se ve algo que ocurre en muchos escenarios, y es que gracias a las nuevas tecnologías y al flujo constante de información y de opinión el carácter del levantamiento de los últimos años se han modificado en forma sustancial. Muchos de los movimientos sociales





© Merly Guanumen P.

han combinado jóvenes universitarios y redes sociales. Por medio de las redes, los jóvenes se comunican y logran movilizarse, conformando una fuerza social de gran cantidad de personas, como se vio en Brasil, Egipto, España entre otros.

Es en este “espacio de flujos”, como lo denomina Castells (1997), donde se interactúa, se comparte y se posibilitan nuevos escenarios y modos de participación democrática entre diversos actores.

La interactividad es una de las características básicas de las TIC (...), la cual configura la experiencia cultural (...) y permite la transmisión de sentimientos, afectos e ideales (...). Correo electrónico, “mensajería instantánea” y comunidades virtuales ofrecen un espacio virtual para compartir contenidos multimedia con personas de intereses similares y que contribu-

Muchos de los movimientos sociales han combinado jóvenes universitarios y redes sociales. Por medio de las redes, los jóvenes se comunican y logran movilizarse, conformando una fuerza social de gran cantidad de personas...

yen a fortalecer aquellas redes sociales débiles (...). Estos espacios posibilitan la intercreatividad, la cual se aproxima desde una perspectiva tecno-social al potencial colaborativo, ya que la información y los contenidos se comparten, se potencian, se acumulan, se contrastan y/o se conversan. Su crecimiento global ha potenciado una forma distinta de concebir la participación pública, descentralizando en varias ocasiones el poder tradicionalmente depositado en las altas esferas. (Valderrama, 2013, p.127)

Así, su alcance actual es mayor en la medida en que su capacidad de actuación y de eficacia ha estado mediada, como lo indica Eric Hobsbawm, por su capacidad de conseguir movilizar otros actores sociales, como los obreros y la clase media.

Es necesario impulsar una relación simbiótica entre las Universidades y los movimientos sociales, de esta forma las discusiones y las críticas al sistema político imperante estarán sujetas a una interlocución que buscará mejorar el sistema social. Estos movimientos sociales no deben dejar de lado la universidad, y la universidad no debe desprenderse de estos movimientos sociales; son dos entidades que deben promover una ciudadanía participativa y activa que permita el mejoramiento de las condiciones sociales y una crítica constante a las injusticias sociales que se dan en América Latina.



Referencias

- Aranda, J. (2000). El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales. *Convergencia*, 21, 225-250.
- Alpargatero, L. (2012). Recuperemos nuestra(s) historia(s): jóvenes que hacen ciudadanía. Localidad de los Mártires en el Distrito Capital. *Ciudad Paz-Ando*, (5)2, 21–36.
- Amaya, R. (2013). Democratización sin represión, excepción en el caso colombiano: el movimiento estudiantil de la Séptima Papeleta o Todavía podemos salvar a Colombia. *Revista de Derecho Público*, 30, pp. 2-27.
- Archila, M. (2001). Vida, pasión y... de los movimientos sociales en Colombia. En Archila. M. & Pardo. M. *Movimientos sociales, estado y democracia en Colombia* (pp. 16-47). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Sánchez, L. M. & Uprimny, R. (2010). Derecho Penal y Protesta Social. En Bertoni, E. *Es Legítima la Criminalización de la Protesta Social*, (pp.47-74).
- Bejarano, J. A. (1989). Movimientos sociales. En A. Tirado. NHC Nueva Historia de Colombia (pp. 7-8). Bogotá: Editorial Planeta.
- Bruckmann, M. & Dos Santos, T. (Octubre, 2005). Los movimientos sociales en América Latina: un balance histórico. *Seminário Internaonal REG GEN: Alternativas Globalização*. Río de Janeiro, Brasil.
- Camargo, M. P. (2011). Reforma a la Ley de Educación Superior se socializó pero no se debatió. Recuperado de: <http://www.semana.com/nacion/articulo/reforma-ley-educacion-superior-socializo-pero-no-debatio/247476-3>.
- Cotarelo, M. C., Iñigo, N. & Giarracca, N. (2003). *Movimientos Sociales Y Conflicto En América Latina*. Recuperado de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/osal/20120511043202/mcs.pdf>
- Fleet, N. (2011). Movimiento Estudiantil Y Transformaciones Sociales En Chile: Una Perspectiva Sociológica. *Polis*, 10 (30), 99-116. 2011
- Góngora, M. E. (2010). Libertad e Igualdad en la Educación. Balance y desafío tras dos décadas de vigencia de la Constitución de 1991. *Ciudad Paz-Ando*, (4) 1, 53–57.
- Hernández, I. (2007). El programa mínimo de los estudiantes colombianos. Movimiento estudiantil universitario de 1971 por la universidad. Todo un país. *Historia de La Educación Colombiana*, 10(10), 29–57.
- Hobsbawm, E. (1999). *Historia Del Siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Nashiki, A. (2007). El movimiento estudiantil y la violencia institucional *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, (12) 35, 1179-1208.
- Revilla, M. (2010). América Latina Y Los Movimientos Sociales: El Presente de La “Rebelión Del Coro”. *Revista Nueva Sociedad*, (227), 51-67.
- Revilla, M. (1994). El Concepto de Movimiento Social: Acción, Identidad Y Sentido. *Zona Abierta*, (69), 181-213.
- Valderrama, L. (2013). Jóvenes, Ciudadanía y Tecnologías de Información y Comunicación. El movimiento estudiantil chileno. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, (11)1, 123-135.

